

¿Y ahora qué?
León Trotsky
17 de agosto de 1917

(Versión al castellano desde “Et maintenant?”, en *L'année 1917*, François Maspero, París, 1976, páginas 81-87; también para las notas. Publicado en *Proletarii*, nº 4, 17 de agosto de 1917)

Es casi seguro que el actual gobierno, que es la misma encarnación de la incompetencia indecisa y malintencionada, no aguantará el choque del ataque sufrido en Moscú y sufrirá nuevos reajustes. El general Kornilov no explica en vano que no hay que temer una nueva crisis política. En el momento presente, tal crisis puede ser superada rápidamente por un nuevo deslizamiento a derecha. Bajo esas circunstancias, saber si Kerensky obtendrá o no un margen suplementario de independencia en relación al control organizado de la democracia, que será reemplazado por un “gobierno invisible” (y por tanto mucho más real) de las camarillas imperialistas; saber si el nuevo gobierno mantendrá relaciones precisas con el estado mayor de las clases poseedoras que sin duda alguna se creará en la conferencia de Moscú; saber cuál será el lugar de los bonapartistas “socialistas” en la nueva combinación gubernamental: todo esto es secundario. Pero, incluso si el ataque de la burguesía debe ser rechazado, incluso si la conferencia de Moscú debe llevar a una nueva salida de los cadetes del gobierno, el poder usurpado de la “democracia revolucionaria” no será de ninguna forma un poder realmente revolucionario y democrático. Completamente atados por sus compromisos contra los trabajadores y los soldados de reserva, los líderes oficiales del sóviet se verán obligados a proseguir su política de doble juego y de oportunismo. Al abandonar el gobierno, Konovalov no ha hecho otra cosa más que hacer recaer sobre los hombros de Skovelev¹ su misión. El ministerio Kerensky-Tsereteli, incluso sin los cadetes, continuará aplicando un programa semicadete. La eliminación de los cadetes sólo es una gota de agua en el mar; lo que hace falta es sangre nueva y métodos nuevos.

En cualquier caso, la conferencia de Moscú cierra y resume toda la fase de la revolución, durante la cual el papel dirigente lo detentaba la táctica S.R. y menchevique de cooperación con la burguesía, cooperación basada en la renuncia a los objetivos propios de la revolución y su subordinación a la idea de una coalición con los enemigos de la revolución.

La revolución rusa es un producto directo de la guerra. Ésta le suministró el instrumento necesario de una organización a escala nacional, es decir el ejército. El campesinado, que constituye la mayor parte de la población, fue organizado por la fuerza en el momento de la revolución. Los sóviets de delgados de soldados obligaron al ejército a designar a sus representantes políticos, y las masas campesinas automáticamente enviaron al sóviet a los intelectuales semiliberales, que traducían la vaguedad de sus esperanzas y aspiraciones al lenguaje del oportunismo mezquino y quisquilloso más despreciable. La intelligentsia pequeñoburguesa, que desde todos los puntos de vista está bajo la dependencia de la gran burguesía, tomó la dirección del campesinado. Los sóviets de delgados de los soldados-campesinos obtuvieron una neta mayoría sobre los representantes de los trabajadores. La vanguardia proletaria de Petrogrado quedó decretada como masa ignorante. La refinada flor de la revolución se encarnó en los S.R. y mencheviques de febrero, de los intelectuales “provincianos”,

¹ Konovalov, ministro de comercio en el Gobierno Provisional del príncipe Lvov, dimitió el 31 de mayo de 1917.

apoyados en los campesinos. Sobre esta base se elevó el Comité Ejecutivo Central por intermedio de las elecciones a dos y tres niveles. El Sóviet de Petrogrado, que en el curso del primer período cumplía funciones a escala de la nación, estaba sometido desde el principio a la influencia directa de las masas revolucionarias. El Comité Central, por el contrario, planeaba sobre las nubes de las cimas burocráticas revolucionarias, separado de los obreros y soldados de Petrogrado y visto por éstos con hostilidad.

Es suficiente con recordar que el Comité Central juzgó necesario llamar a las tropas del frente para romper las manifestaciones de Petrogrado que, en el momento de la llegada de las tropas, ya habían sido detenidas por los mismos manifestantes. Los dirigentes filisteos cometieron un suicidio político cuando se negaron a ver otra cosa que no fuese caos, anarquía y motines, en la tendencia (que era la natural consecuencia de toda la orientación del país) a equipar y armar a la revolución de todo el aparato de la autoridad. Al desarmar a los obreros y soldados de Petrogrado, los Tsereteli, Dan y Chernov, desarmaron a la vanguardia de la revolución y causaron un irreparable perjuicio a la influencia de su propio Comité Ejecutivo.

Ahora, enfrentados a las injerencias de la contrarrevolución, esos politicastros hablan de restablecer la autoridad e importancia de los sóviets. Su consigna del momento consiste en charlatanería sobre la organización de las masas alrededor de los sóviets. Esta forma abstracta de plantear la cuestión constituye, ya de por sí, un procedimiento profundamente reaccionario. Bajo un pretendido llamamiento a la organización lo que se esconde es una tentativa de esquivar la cuestión de los objetivos políticos y los métodos de lucha. Organizar a las masas para “devolverles la autoridad” a los sóviets es una empresa lamentable e inútil. Las masas tenían confianza en los sóviets, los seguían, los elevaron a una extraordinaria altura. Y el resultado que han podido constatar es la rendición de los sóviets ante los peores enemigos de las masas. Sería pueril suponer que las masas podrían o querrían recomenzar una experiencia histórica ya zanjada. Tras haber perdido confianza en el centro hoy en día dominante de la democracia, para que las masas no pierdan también confianza en la misma revolución es preciso suministrarles un juicio crítico sobre todo el trabajo político realizado hasta aquí en el curso de la revolución, y ello equivale a una condena sin paliativos de todos los “esfuerzos” de los líderes S.R. y mencheviques.

Nosotros les diremos a las masas: ellos hacen recaer toda la responsabilidad sobre los hombros de los bolcheviques, pero ¿por qué han sido incapaces de batir a los bolcheviques? Para ello contaban no solamente con la mayoría en los sóviets, sino, también, con toda la autoridad del gobierno, y, como mínimo, han sabido encontrar los medios para hacerse vencer por un “complot” de aquellos a quienes ellos llaman una banda ínfima de bolcheviques.

En Petrogrado, tras los acontecimientos de los días 16-18 de julio, los S.R. y los mencheviques no han dejado de debilitarse, mientras que los bolcheviques se reforzaban. Lo mismo en Moscú. Ello demuestra claramente que la política de los bolcheviques expresa las exigencias reales de la revolución a medida que se desarrolla, mientras que la “mayoría” S.R. y menchevique no hace más que perpetuar la impotencia y el atraso anteriores de las masas. Pero, ahora, ese inmovilismo ya no es adecuado: debe, pues, ser impuesto y reforzado mediante la más feroz represión. Esa gente lucha contra la misma lógica de la revolución, y por ello se les puede encontrar en el mismo campo que a los enemigos de clase conscientes de la revolución. Y justamente por este motivo tenemos del deber de debilitar la confianza que se les tiene depositada, en nombre del día de la revolución que es nuestro futuro.

El carácter absolutamente vacío de la consigna “refuerzo de los sóviets” sobresale más claramente que nada de las relaciones entre el Comité Ejecutivo Central y

el Sóviet de Petrogrado. Cuando se dio cuenta de que el sóviet, apoyado en las filas avanzadas del proletariado y de los soldados que se habían pasado a su lado, marchaba cada vez más resueltamente hacia las posiciones del socialismo revolucionario, *el Comité Ejecutivo Central minó sistemáticamente la autoridad e importancia del Sóviet de Petrogrado*. Durante meses enteros éste no fue convocado. De hecho se le ha robado su diario, *Izvestia*, en el que los pensamientos y la vida del proletariado de Petrogrado ya no encuentran ninguna expresión. Cuando la prensa burguesa calumnia con furia y difama a los dirigentes del proletariado de Petrogrado, *Izvestia* ni ve nada ni entiende nada. Bajo esas circunstancias, ¿qué sentido puede tener la consigna “refuerzo de los sóviets”? Sólo es posible una sola respuesta. Quiere decir refuerzo del Sóviet de Petrogrado *contra* el Comité Ejecutivo Central, que está burocratizado y cuya composición se mantiene intacta. Tenemos que obtener la completa independencia de organización, protección y funcionamiento para el Sóviet de Petrogrado. Este es el problema más importante, y su resolución es el primer punto del orden del día. El Sóviet de Petrogrado debe convertirse en el centro de una nueva movilización revolucionaria de las masas de trabajadores, soldados y campesinos, en una nueva lucha por el poder. Tenemos que sostener con todas nuestras fuerzas la iniciativa tomada por la Conferencia de los Comités de Obreros de Fábrica para la convocatoria del *Congreso Panruso de Delegados Obreros*. Para que el proletariado pueda agrupar a las masas empobrecidas de soldados y campesinos, su política debe ser radical e inexorablemente opuesta a la táctica del Comité Ejecutivo Central. Después de lo que acabamos de decir, está claro que la idea emitida por *Novaya Zin* de una unión entre los mencheviques y nosotros es vana, reaccionaria y utópica. Solo si el proletariado, en tanto que clase, reestructura su organización central a escala del país se podrá obtener ese resultado. Nos es imposible predecir todos los giros y rodeos del curso de la historia. En tanto que partido político, no podemos ser responsabilizados del curso de la historia. Pero por ello somos más responsables ante nuestra clase: hacerla capaz de llevar a buen puerto su misión a través de todos los desvíos del curso histórico, he ahí nuestro deber fundamental.

Las clases dirigentes, con el “gobierno de salvación”², hacen todo lo que está en sus manos para imponer los problemas políticos de la revolución a la atención no solamente de los trabajadores, sino, también, del ejército y las provincias, y bajo una forma lo más aguda posible. Los S.R. y los mencheviques han hecho, y hacen todavía, todo lo que pueden para desplegar ante los sectores más amplios de las masas trabajadoras del país la quiebra completa de su táctica. Le corresponde ahora a nuestro partido, con energía, vigilancia e insistencia, sacar todas las conclusiones inevitables de la situación actual y ponerse a la cabeza de las masas desheredadas y agotadas para entablar una resuelta batalla a favor de su dictadura revolucionaria.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

² El 15 de julio de 1917, los cadetes abandonaron el Gobierno Provisional a consecuencia del asunto de Ucrania. Kerensky remodeló su gabinete, y el 4 de agosto se convirtió en primer ministro. Tsereteli, ministro del interior, fue el autor de la vergonzosa ordenanza de policía en virtud de la cual se dictaron los mandatos de arresto contra Lenin, Trotsky y otros, ¡y fue él quien bautizó la nueva coalición como “gobierno de salvación”! Fue proclamado como tal el 22 de julio. Pero la nueva coalición no duró más que quince días.